

UN HERMOSO GESTO

Por

Mario ALFARO C.

Capitán de Fragata (R).

En el verano de 1960, como de costumbre, zarpó al sur la Flotilla Antártica compuesta por el Buque Insignia "Piloto Pardo", el "Lientur" y el "Yelcho".

El transporte de las dotaciones y pertrechos transcurrió sin mayores novedades, salvo que durante la estadía en Punta Arenas llegó a oídos del Comandante del "Yelcho" que al regreso del buque de la Antártida, en su recalada hacia el norte, la ciudadanía de Magallanes le regalaría su Pabellón de Combate.

Desde ese momento, comenzó para el Comandante del "Yelcho", que escribe este recuerdo, la preocupación de tener que preparar un discurso de contestación al que con toda seguridad en la ceremonia de entrega de la brillante bandera de seda sería dicho por alguna autoridad.

Aprovechando que viajaba a hacerse cargo de la Comandancia de la Base Naval "Arturo Prat" el Capitán de Corbeta IM. Sr. Pedro González Pacheco (Q. E. P. D.), con quien me ligaba una gran amistad desde nuestra estadía como oficiales de la Escuela Naval en 1953, y dados sus grandes méritos de poeta y escritor, además de pundonoroso oficial, le pedí encarecidamente su ayuda para dar mayor brillo a mi limitada capacidad de escritor en la redacción de una respuesta de agradecimiento.

Cuando solicité a Pedro que hilvana- ra algunas palabras de agradecimiento, inmediatamente, con el dinamismo y buena voluntad que lo caracterizaban, me con-

testó que no me preocupara, que apenas tuviera un tiempo disponible lo haría.

Llegamos a la Antártida y en el transcurso de los días plenos del acostumbrado ajeteo de los relevos, de viajes, de levantamientos, de bridge, de malos tiempos, de comidas, de peligros y penurias, cada vez que recalábamos a Soberanía y tenía la ocasión de conversar con él, le recordaba su compromiso. Su respuesta era siempre la misma: ¡Hombre! No he tenido un minuto libre; pero no te preocupes voy a hacer tu discurso y cumpliré mi compromiso contigo.

Pasaban los días y a medida que se acercaba el de regreso, mi impaciencia se acrecentaba y cuando nos encontrábamos, mi requerimiento era cada vez más apremiante y en términos que nuestra camaradería me permitía emplear y que no es del caso reproducir.

Al despedirme de él, en nuestro último día juntos, empleé los calificativos más duros de mi repertorio al no recibir lo solicitado. Sin embargo, cuando él descendía por nuestro portalón insistía en que cumpliría el compromiso contraído con su amigo; desde luego ante la absoluta incredulidad del que esto escribe.

Zarpamos de regreso esa noche y el discurso no llegó en el último bote.

Rumbo al norte en demanda de Puerto Williams, la noche siguiente, descansaba en mi camarote frente al gabinete de radio, cuando me extrañó un continuo

titá-titá que se prolongaba demasiado. Me asomé a la radio y pregunté al radiooperador qué sucedía. Inmediatamente me contestó que estaba recibiendo un mensaje de la Base "Arturo Prat" y que me lo llevaría en cuanto terminara de recibirlo.

Grande, agradable y emotiva fue mi sorpresa cuando al rato, en pleno Mar de Drake, me entregaron una hoja de oficio totalmente escrita a máquina que contenía el discurso que tan preocupado me traía.

Pedro había cumplido su compromiso.

Llegamos a Punta Arenas, estuvimos varios días; pero al buque no se le ofreció tan preciado regalo, seguramente no prosperó la iniciativa, y el discurso de agradecimiento pasó a incrementar mi archivo personal.

A los pocos días, permanecíamos en labores oceanográficas en el Drake, cuando de pronto llega la noticia que impacta dolorosamente.

En un desgraciado accidente ha fallecido el Comandante de la Base Naval "Arturo Prat": "Recale en Puerto Williams para recibir oficial esca'afón N° xx y continúe a la Antártida para efectuar relevo, sumario de rigor y traslado al Continente de los restos mortales".

La misión fue dura, pero se cumplió sin novedad.

Hace dos años atrás, en 1970, se cumplieron 10 años que González Pacheco cumpliendo con sus obligaciones, falleció en acto del servicio al rodar por la helada ladera.

Hace dos años que yo le recordé, busqué y leí nuevamente el papel que contiene el que es seguramente su último discurso. Entonces pensé en escribir estas líneas para dar a conocer las bellas frases que contiene como un homenaje al amigo y leal camarada:

"Señor Alcalde, señoras, señores:

Hay una región chilena que venció las soledades australes. Una región cuya gente, como la imagen de un Semi-Dios mitológico en lucha contra potencias adversas, pobló la inmensidad desconocida y arrancó a la tierra sus recónditos secretos de riqueza. Hizo levantar los ojos de Chile al cielo, al señalar el gran espacio

azul con el índice metálico de sus torres petrolíferas.

Hay una zona que alimenta al cuerpo de la patria y su esperanza, y que abriga a Chile con las suavidades de una lana esquilada en largos años de trabajo contra el viento, que se teje y se dibuja con la técnica admirable de las fábricas téxtiles en el centro del país.

Esta provincia que es abrigo y alimento, que es pujanza y porvenir, tiene un símbolo en su digna capital. Ciudad cercada por las cumbres infranqueables y estepas desoladas, que derrotó su lejanía y aislamiento surcando la inquietud de sus mares o saltando al aire para trepar las alturas de sus barreras.

Esa ciudad la lleváis en el corazón y su nombre, Punta Arenas, tiene ya música. Música para cantar la dulzura de su recuerdo a la justa admiración que sentimos por ella como chilenos.

Y al encanto que ha dejado en el alma de todos los marinos, Punta Arenas ha querido sumar la viril emoción que un hombre de armas siente al recibir la enseña patria.

Nada puede conmover más intensamente el corazón de los que han jurado defenderla con la vida si fuere necesario, que la ofrenda magnífica de una Bandera de Chile. Especialmente para quienes vestimos el uniforme aquel y llevamos sobre la frente un ancla orlada de laureles, porque esa Bandera "nació para los latigazos del viento salino en lo alto de una cofa. Para mil hazañas heroicas en estos mares esplendorosos". Hazañas en la guerra, como la del 21 de mayo de 1879, en Iquique. Hazañas en la paz, como la que se inicia el 21 de agosto de 1916, cuando el Piloto Pardo, comandante de la escampavía "Yelcho" zarpa desde este mismo puerto de Punta Arenas, para romper con su audacia la barrera de los hielos y rescatar los sobrevivientes de la expedición Shackleton.

Comprenderéis, entonces, con qué devoto respeto y conmovida gratitud recibimos de Punta Arenas tan espléndido presente. Lo llevaremos con unción por los mares de Chile. Con esta insignia a bordo, tomaremos muchas veces el mismo rumbo de la vieja "Yelcho", para honrar mejor a esta ciudad generosa que

nos la entrega para dar testimonio, como aquella nostálgica viajera francesa (*), "de la inagotable cordialidad de sus habitantes", una persona extranjera más que aprendió en Punta Arenas a querer nuestra Bandera, porque disfrutó aquí de la hospitalidad chilena, como han aprendido a amarla los inmigrantes que en esta región hallaron la paz, la libertad, la prosperidad y la seguridad de un hogar que otras tierras les negaron.

Quizás estas palabras sobre el significado de los colores de la Bandera dichas por un teniente a los guardiamarinas que dejaban la Escuela Naval, revelen de qué manera, tan honda y fina, habéis hecho vibrar nuestro espíritu naval:

"A ese retazo azul, ventana de ilusión y de ideales, se asoman a mirarnos los ojos de las madres de todos los marinos, de todos los soldados, de todos los chilenos. De esa esquina os llaman con sus lenguas azules las aguas oceánicas.

Y desde el rojo os habla el cariño de los padres, os habla la fogosa y altiva sangre de los chilenos, la profunda y ardiente pasión de los marinos por su Pa-

tria. Será siempre un relámpago que enciende el horizonte.

Un susurro de nardos desciende desde el blanco. El breve pañuelo que en la mano de la novia juvenil, os dará el último adiós cuando zarpe la nave; el pañuelo que enjague la última lágrima de la madre amante y sensitiva, cuando dejéis definitivamente el hogar paterno por la casa a flote, esos pañuelos os estarán saludando en el vuelo blanco de la Bandera.

¡Cómo no amarla entonces, si desde sus franjas os hablan todos los amores!"

Este tricolor que nos entrega Punta Arenas llevará prendida la caricia de los dedos delicados de las cuatro (cinco, seis) madrinan que tuvieronlo en sus manos. Por eso, nos hablará de todos los amores y del embrujo de una ciudad que, día y noche, mira hacia el mar por las pupilas de bronce de Hernando de Magallanes, mientras el ovejero arrea su piño azotado por el viento. De esta ciudad de Punta Arenas que sabrá leer nuestra gratitud en la rutilante bendición de la Cruz del Sur.

Sólo hoy puedo decir que, a mi vez, he cumplido con el deber de recordar y hacer público lo que para mí constituye un gesto hermoso del amigo y compañero.

(*) La viajera francesa es Annette Lamind, autora de "En la Patagonia, confín del Mundo".